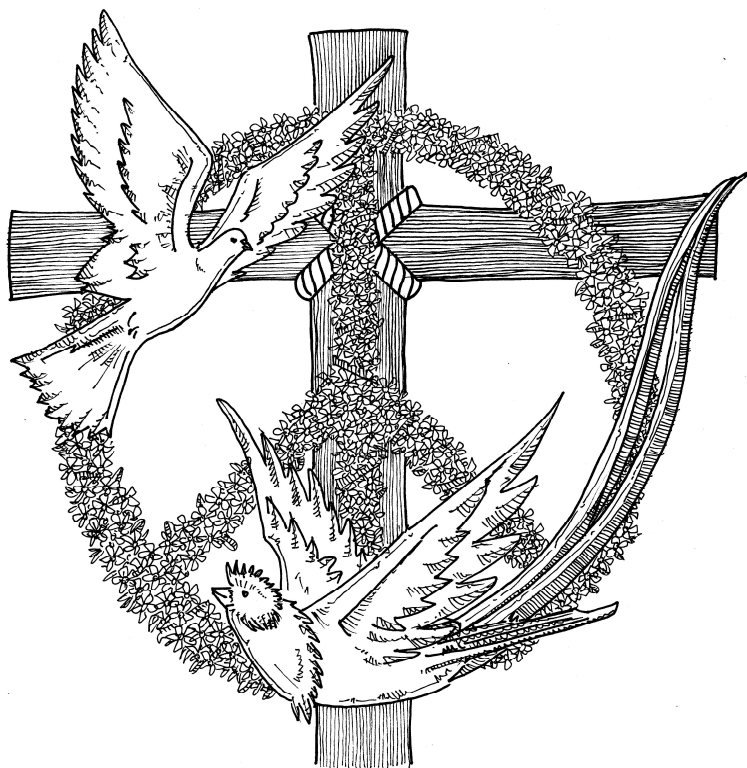




DOCUMENTOS del OCOTE ENCENDIDO

Nº 124. Marzo 2025



BUSCANDO CAMINOS DE PAZ

Comités Óscar Romero

INTRODUCCIÓN

Si quieres paz, apuesta por la trama de la vida.

Con esta consigna se convocó, los días 6 a 8 de septiembre de 2024, en formato *on line* y asistencia de más de 300 personas de varios países, el [cuadragésimo tercer Congreso de Teología](https://congresodeteologia.info/), con el título GUERRA Y PAZ EN EL MUNDO ACTUAL ¿HAY SALIDA A LA VISTA?

En un momento histórico “marcado por los numerosos conflictos internacionales, que están socavando la paz a nivel mundial, territorial, regional y local, masacrando a poblaciones enteras hasta el genocidio, normalizando la guerra hasta el punto de considerarla un fenómeno con el que hay que convivir y ampliando las brechas de las desigualdades”, en palabras de Juan José Tamayo en su crónica del citado congreso, con este Ocate queremos colaborar con la labor de reflexión desde la formación y de denuncia desde la consciencia acerca de cómo posicionarnos ante datos tan terribles como que en la actualidad hay 56 conflictos activos con 92 países involucrados, la cifra más elevada desde la II Guerra Mundial, o que se han alcanzado cifras récord en gasto militar, que asciende a 2913 billones de dólares, 190 veces mayor del empleado para combatir el hambre. Por ello, agradeciendo su labor, su colaboración y la posibilidad que nos ofrecen de reproducir algunas de las ponencias desarrolladas en el congreso, aprovechamos su disponibilidad para multiplicar la riqueza compartida.

Preguntándose si hay salida a tan dramática situación y proponiendo la búsqueda de caminos de paz que eviten convertir el mundo en un coloso en llamas, en el congreso se analizaron causas y consecuencias y los devastadores efectos para las poblaciones más vulnerables, ofreciendo referentes éticos relacionales de hermandad frente a los discursos y delitos de odio y a la dialéctica amigo-enemigo, desde la elaboración de una “teología inversa”, compasiva y solidaria con las víctimas, contra las guerras y las injusticias, y que ofrezca una resistencia radical a los diferentes sistemas de dominación.

Al final del congreso, lanzaron un elaborado mensaje que se puede consultar en su página web* y del que destacamos algunas ideas:

- *Los conflictos bélicos están causando destrucción, muertes, fragmentación social, pobreza, hambre, sufrimiento, destrucción de la naturaleza, desplazamientos masivos en condiciones precarias, feminicidios e infanticidios. Los pueblos nunca ganan las guerras y siempre ponen los muertos.*
- *Asistimos a un alarmante crecimiento de narrativas belicistas que presentan la vía de la guerra como la opción inevitable. Cada vez hay más sectores que ridiculizan la defensa de la paz, de los derechos humanos y del derecho internacional.*

* <https://congresodeteologia.info/>

- *No podemos guardar silencio, ni ser neutrales, ya que nos convertiríamos en cómplices. Tampoco podemos caer en actitudes derrotistas y fatalistas, que nos llevarían a cruzarnos de brazos ante las guerras y las injusticias. Es necesario ponerse del lado correcto de la historia, que son las personas, los colectivos y los pueblos sufrientes y buscar alternativas para evitar que la guerra sea eterna.*

Tamayo resalta que los caminos de paz buscados pasan por la reflexión moral, la construcción de una cultura de paz, la creación de una comunidad global intercultural, interreligiosa e interétnica, el establecimiento de relaciones internacionales justas y solidarias, la negociación, la eliminación de las brechas de la desigualdad de todo tipo.

A las aportaciones de Olga Rodríguez y Leonardo Boff, hemos sumado la de nuestro compañero Fernando Bermúdez, titulada “La injusticia, raíz de la violencia. La paz, fruto de la justicia”, porque, como expresa Olga de forma tan bella, **“necesitamos palabras precisas que nombren escenarios de esperanza”**.

Un abrazo solidario,
Comités Óscar Romero

ÍNDICE

BUSCANDO CAMINOS DE PAZ

Ante la normalización de la guerra , cultura de paz. Olga Rodríguez	5
La injusticia, raíz de la violencia. La paz, fruto de la justicia.	
Fernando Bermúdez	17
Reflexión teológica-bíblica. Caminos para la paz: Shalom y justicia.	
Leonardo Boff	23

PORTADA: **Ofrenda de Paz**. Javier Lacasta

Comités Óscar Romero. D.L.Z. 147-89

ANTE LA NORMALIZACIÓN DE LA GUERRA, CULTURA DE PAZ

OLGA RODRÍGUEZ FRANCISCO

**Periodista especialista en Oriente Medio
e información de conflictos bélicos**

Es éste un Congreso necesario y urgente en un contexto de alarmante crecimiento de narrativas belicistas que presentan la vía de la guerra como la única opción, como algo pertinente e inevitable, como nuestra salvación. Estamos en un escenario global en el que en demasiados sectores se premia jalearse la guerra y se castiga, estigmatiza, tergiversa o criminaliza la defensa de las vías de la paz. Se ridiculiza la defensa de la paz, la defensa de los derechos humanos, la defensa del derecho internacional.

Se han alcanzado cifras récord en gasto militar mundial y se nos está diciendo que la vía son más armas, más guerra, más confrontación. No hace falta ser una persona experta en resolución de conflictos para saber que al final del camino, al final de una guerra, siempre hay un acuerdo de paz, una negociación, un pacto. Cuanto antes llegue, más vidas se salvan, más dolor se evita. Cuanto más dura una guerra, más

destrucción, más muertes, más fragmentación social, más riesgo de extensión geográfica de la guerra, más pobreza, más hambre, más división, más dolor que se perpetúa durante varias generaciones.

Quienes ridiculizan la paz tachan a sus defensores de ingenuos. Sin embargo, no hay mayor ingenuidad que pensar que la solución es la confrontación armada. Sólo desde una falta de cultura de derechos humanos y desde un déficit en el conocimiento de la Historia se puede defender la guerra como la mejor opción.

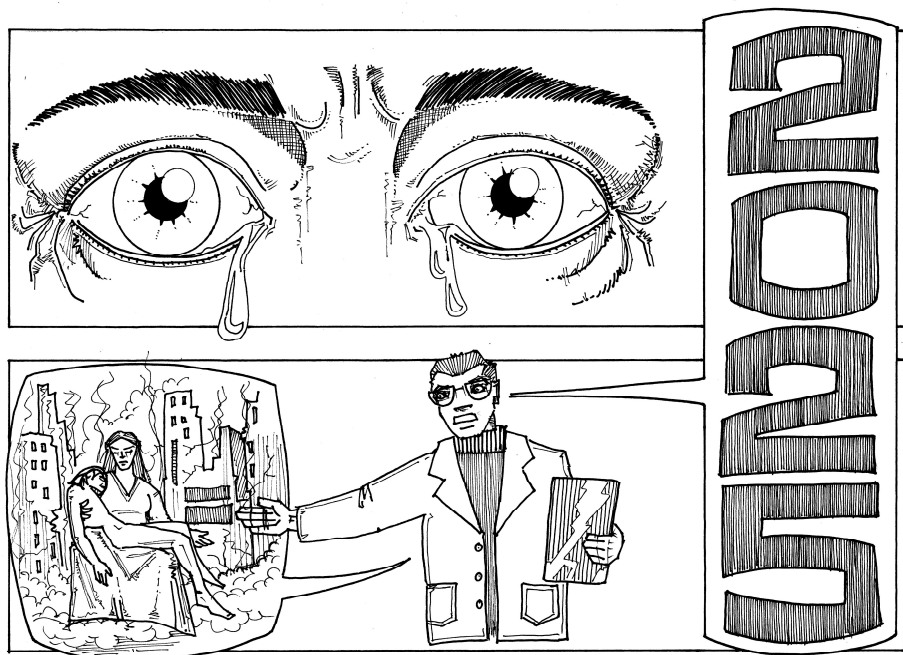
En las guerras que he vivido he conocido a hombres y mujeres que han querido trabajar por la paz en medio del horror. Son personas que lo han intentado todo, que en muchos casos transitaron primero el camino de la violencia, de las armas, de la guerra, bajaron montañas, subieron montañas, rodearon montañas, antes de concluir que el camino necesario es el de la paz, el

de una paz justa, con derechos humanos para todos, sin exclusiones.

La Historia, las hemerotecas, nos recuerdan la locura colectiva que generan los climas bélicos, enemigos del pensamiento sosegado. La tolerancia es entender que ninguna persona merece ser deshumanizada -y menos aún cuando avanzan tanto los discursos de odio-, ni tergiversada ni estigmatizada por creer en la paz. Es preciso recalcarlo porque estamos oyendo voces por la paz estigmatizadas en muchos lugares: señaladas, tergiversadas, criminalizadas, por defender vías para la paz.

El racismo, la deshumanización, el desprecio del otro, de la otredad, es algo que condiciona y define nuestra actualidad. Los discursos contra sectores vulnerables, señalados como población sobrante, son habituales. Cualquier historiador honesto del futuro subrayará esta normalización de las narrativas deshumanizadoras para definir nuestro presente. Estos discursos allanan el camino de la guerra y la perpetuación de la misma.

La deshumanización llega acompañada a menudo de la demonización. Uno de los máximos



Cualquier historiador honesto, Javier Lacasta

expertos contemporáneos en genocidios, Omer BARTOV, explica que en los capítulos de máxima barbarie, *“las personas que cometen las masacres se consideran víctimas de las personas a las que matan. Y también imaginan que si no las matan, se volverán contra ellos y les harán lo que están sufriendo”*. Así es, efectivamente, el escenario de la guerra: más impunidad, más barbarie. Es una rueda sin fin en la que gana el más fuerte, el dispuesto a ser más bruto. Es el marco del aplastamiento, el nosotros o ellos. Es la opción que lleva a la aniquilación, en la que siempre tienen las de ganar quienes apuestan por mayor brutalidad.

Si no se abren otras alternativas al uso de la fuerza bruta y de la guerra, ésta se perpetúa y se convierte en una guerra eterna. Son muchos los lugares del planeta que viven conflicto tras conflicto, en un escenario de agotamiento de los recursos a nivel global, ante el cual se ha dado el pistoletazo de salida a una carrera de saqueo y apropiación, a un sálvese quien pueda, que busca impunidad a través de la guerra, porque se pretende que en las guerras todo vale: más ocupación, más robo, más saqueo, más dominio.

Esta normalización de la impunidad está dejando a la vista,

con más claridad de lo habitual, el doble rasero ante las violaciones del derecho internacional. Lo denunciaba recientemente el propio fiscal jefe del Tribunal Penal Internacional, a quien varios dirigentes han presionado para que no aplique el mismo estándar ante las ocupaciones de Ucrania y Palestina. La apelación del quita y pon a los derechos humanos y el derecho internacional diluyen cada vez más las líneas rojas y debilitan el andamiaje construido tras la Segunda Guerra Mundial, basado en el desarrollo del derecho internacional y en la Carta Universal de los Derechos Humanos.

Me van a permitir que me detenga en la masacre continuada en Gaza, por su trascendencia, por las consecuencias que ya está teniendo en la normalización de la impunidad, con la que se debilita ese andamiaje, el derecho internacional y los organismos encargados de velar y proteger los derechos humanos sin dobles raseros. En muchos espacios del mal llamado primer mundo se comprende, como debe ser, el sufrimiento de los rehenes israelíes y de sus familias, pero no la situación de los otros: la población palestina es deshumanizada, despreciada, presentada como una masa matable. Estamos ante varios fenómenos inéditos:

- Por primera vez estamos viendo en tiempo real una masacre de gran envergadura, crímenes de guerra cotidianos. Srebrenica y tantas otras barbaries, las conocimos *a posteriori*, días, semanas o incluso meses después. Esto lo estamos contemplando en tiempo real, desde cualquier lugar del mundo.

- Por primera vez la prensa internacional no puede estar en el terreno, ya que Israel y Egipto mantienen el acceso cerrado a los periodistas. Conocemos lo que ocurre sólo a través de los periodistas locales, que viven en Gaza, y a través de la población que lo sufre, que tiene redes sociales. Nuestros maestros cubrieron la Segunda Guerra Mundial en el terreno, Vietnam, Latinoamérica, África, Oriente Medio, Asia. Los periodistas de mi generación hemos cubierto las guerras de Yugoslavia, Afganistán, Irak, Siria, Libia, y un largo etcétera, accediendo a veces con dificultad, pero siempre consiguiéndolo. Es importante para un país que sus voces lo vean, lo cuenten, lo transmitan. Es pertinente preguntarse: si hubiera periodistas europeos en el terreno, contando las matanzas diarias, ¿habríamos llegado al undécimo mes de masacre?

- A pesar del conocimiento de una parte importante de los hechos en

tiempo real se siguen enviando armas y se mantiene el apoyo político y diplomático, lo que permite que la masacre y la violación del derecho internacional continúe ocurriendo.

- Hay otros aspectos nuevos: movimientos inéditos en los tribunales internacionales, en un intento de proteger el derecho internacional frente a la impunidad, un aumento de la potencia de voces judías por la paz que están diciendo “no en mi nombre”, y una mayor conciencia global de la existencia de una ocupación ilegal y un sistema de *apartheid* contra la población palestina.

En la última ceremonia de los Oscar, el director de la película ‘Zona de interés’, ganadora en 2024 del óscar al mejor filme Internacional, el judío británico Jonathan Glazer, dijo, al recoger su premio: “me niego a que mi judaísmo sea secuestrado por la ocupación”.

En la película ‘Zona de interés’ un comandante nazi se apropia de una mansión situada junto a un gran campo de concentración. Allí se instala con su familia y allí construye su zona de interés, su área de confort, haciendo como que el genocidio que ocurre a pocos metros de ellos no existe. El genocidio se oye a lo largo de la

película- a través de ruidos, gritos, estruendos-, pero no se ve. Es un mero ruido de fondo, un sonido ambiental de fondo, en medio de una vida aparentemente normal, como si aquella barbaridad no estuviera teniendo lugar.

Es a esta idea a la que se refiere la pensadora judía canadiense Naomi Klein cuando habla de genocidio ambiental para referirse a la masacre en Gaza, a esos crímenes que se pretende que normalicemos como si fueran un mero ruido de fondo, un sonido ambiental de fondo.

Numerosas voces judías en el mundo están elevando su voz para defender la paz y los derechos humanos para todos, sabedoras de que el “nunca más” tiene que ser “nunca más para todos”, sin exclusiones. Pensadores y artistas judíos como Masha Gessen, Judith Butler, Nancy Fraser, Yuval Abraham o el propio Jonathan Glazer, entre otros muchos, han sido tachados de antisemitas por defender los derechos humanos de todos y por denunciar todas las violaciones del derecho internacional. Esta tergiversación de los discursos de paz se ha aplicado también, incluso, a integrantes de Naciones Unidas y a los dos tribunales internacionales de La Haya, lo cual está dañando la defensa de los derechos humanos

de la población palestina, de todos en general y daña también algo muy necesario y esencial: la lucha contra el antisemitismo.

También se tergiversan, estigmatizan y persiguen protestas por el alto el fuego o por el embargo de armas. Lo ha advertido la relatora de Naciones Unidas para la libertad de expresión, Irene Khan: “la crisis de Gaza” -ha dicho- “se está convirtiendo ya en una gran crisis de la libertad de expresión y de protesta que tendrá consecuencias a medio y largo plazo”.

Dejó escrito el reportero polaco Ryszard Kapuscinski, a quien tuve el gusto de conocer, que hay que estar siempre con los que sufren. En su libro *Un día más con vida*, donde relata su experiencia como corresponsal en la guerra de Angola, dedica unas líneas a una mujer de más de ochenta años que día tras día, lloviera, tronara o bombardeara, salía con su cesta llena de pan para repartirlo entre la gente. El comandante Farrusco, acorralado en su cuartel, dijo de ella: “Tiene ochenta años, hace pan. Lleva haciéndolo más de sesenta años y no quiere marcharse. No está ni con nosotros ni con ellos. Es partidaria de la vida. La vida y el pan. Y eso es suficiente, más que suficiente”.



Con su cesta llena de pan, Javier Lacasta

Esa mujer representa a la mayoría de los pueblos que sufren la violencia y que intentan abrirse paso en medio de ella: gente partidaria de la vida. Mujeres como la panadera de Angola existen en todas y cada una de las guerras. Las he visto en el Bagdad arrasado por la *Operación Conmoción y Pavor* de Bush, en el Afganistán roto por décadas de violencia, en la Libia convertida en un polvorín, en los Territorios Ocupados Palestinos, en Yemen, en Siria, en Líbano, incluso en un Egipto sin conflicto armado pero aplastado por la opresión.

La guerra es ese lugar donde las madres entierran a sus hijos. Donde la gente pierde para siempre la paz

aunque sobreviva a las bombas, donde las personas desaparecen sin dejar rastro y la memoria se erige como única salvación. Es ese lugar en el que cualquier ser humano medianamente decente se da cuenta de que, como escribió Kapuscinski, “lo que importa es salvar vidas”.

En el film *Un día más con vida*, basado en el libro del reportero polaco, el periodista angoleño Artur Queiroz, vivo aún, amigo de Kapuscinski, afirma: “Aquella batalla por la independencia la ganamos, pero por el camino quedaron arrasados todos mis ideales”.

Es preciso preguntarse: ¿Hay alguna guerra que no deje un sabor amargo? ¿Alguna que pueda ser concebida como una satisfactoria realización por alguien con cordura? He visto bombas cayendo sobre barrios enteros mientras dos calles más allá la gente menuda intenta llegar a la escuela para no perder clase, mientras hombres y mujeres aguardan con esperanza la llegada del autobús urbano que les lleve a sus lugares de trabajo, a su casa o al hogar de algún familiar.

He visto niños muertos bajo las bombas en la invasión de Irak en 2003, mujeres con el rostro quemado por hombres que mandan mucho en el Afganistán de antes y después de 2001, personas refugiadas que lo han perdido todo en Sudán, en Libia, en las rutas de escape, he visto jóvenes tiroteados en los territorios palestinos, niñas levantándose al alba con la esperanza de que les permitan cruzar los *checkpoints* que les separan de sus colegios en Cisjordania, familias que anhelan paz y derechos en tantos lugares del planeta...

Nunca ganan los pueblos las guerras. Las ganan los magnates que se enriquecen con ellas, las empresas armamentísticas, quienes pretenden hacer carrera a costa de vidas ajenas. Y lo hacen a través,

entre otras vías, de lo que la pensadora Susan Sontag llamó “la lujuria de la opinión pública por los bombardeos en masa”.

Unos marcan las estrategias y los pueblos ponen los muertos.

Decía antes que el andamiaje construido tras la Segunda Guerra Mundial, basado en la defensa de los derechos humanos y la ley internacional como herramientas para preservar la paz, corre el riesgo de derrumbarse.

Tras la barbarie cometida por el nazismo se sentaron las bases para el desarrollo de Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, un texto que debería ser el eje vertebral de las políticas europeas y de los programas educativos actuales en escuelas e institutos. Sin embargo, aquellos principios son demasiado a menudo poco más que tinta sobre papel. La impunidad avanza y los discursos de odio son normalizados en demasiados platós de televisión.

La banalidad del mal teorizada por la filósofa judía alemana Hannah Arendt está normalizada desde las más altas instancias del poder mundial, incluso en el modo de excusar a los verdugos y de culpar a las víctimas. En su libro *Eichmann en Jerusalén*, la filósofa judía describió el proceso por el que los autores de

los crímenes se eximen de toda responsabilidad, ateniéndose a las órdenes y a los procedimientos burocráticos, y depositando en sus víctimas la capacidad de convertirlos en ejecutores de lo que ellos no desean hacer, pero ellas les obligan a hacerlo.

A través de ese proceso, el verdugo se presenta a sí mismo como alguien que no desea cometer el crimen, pero a quien la pertinaz insistencia de las víctimas no sólo en existir, sino incluso en ser -es decir, en tener derechos, identidad, memoria, justicia, libertad- le obliga a hacerlo.

Albert Camus escribió que toda forma de desprecio, si interviene en la política, prepara o instauro el fascismo. El desprecio es la antesala de la deshumanización, ese proceso por el cual una persona es despojada de su nombre, de su identidad, de sus derechos, reducida a solo su cuerpo, como explicó Hannah Arendt.

No sólo debe ponerse el foco en Sudán, Congo, Oriente Medio, Ucrania y un largo etcétera.

En el llamado primer mundo hay personas despojadas de su identidad, de sus derechos e incluso de su nombre, reducidas a un número, narradas y vistas como mero bulto. Ocurre a través de mecanismos normalizados, de las guerras más

invisibles: las guerras de las fronteras.

Se externalizan fronteras para que las personas migrantes mueran lejos de nuestros territorios y de nuestras conciencias, a través del negocio de la guerra y de la represión, con el trazado de rutas más peligrosas que son como tétricas yincanas, donde mueren muchas personas que huyen de las guerras y de la pobreza. Se está produciendo una clasificación cada vez más perversa de las personas, se evalúa su grado de utilidad y, en función de ello, se establece cuán humanas pueden ser consideradas, quiénes merecen tener plenos derechos, quiénes sólo algunos derechos, quiénes deben vivir condenadas a la clandestinidad, a la nada, a ser nadies.

Es preciso reflexionar sobre la comunicación, sobre el lenguaje, sobre las palabras, sobre la verdad y la mentira, la realidad y la ficción, la experiencia y la ausencia de ella. Hannah Arendt explicó que “el sujeto ideal para un gobierno totalitario” es “el individuo para quien la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, los estándares del pensamiento) han dejado de existir”. Cuando en el debate público la realidad, los hechos, es tratada como algo discutible, la frontera con

la ficción puede diluirse. Cuando en espacios periodísticos se da la espalda a las aristas de nuestro presente, el debate es reducido a mero entretenimiento, eximido de sus consecuencias.

En las cómodas almohadas del privilegio la realidad es reducida a mera teoría, a juego inofensivo, a banalidad: no hay conexión con las consecuencias de los actos, con los cuerpos afectados, con los efectos de la indiferencia. Desde la mirada del privilegio toda denuncia parece exagerada. Las víctimas son sólo números sin nombre ni rostro, la pobreza es sólo una palabra. Se debate sobre el cambio climático, el agotamiento de recursos naturales, los derechos humanos o la migración como si fueran abstracciones sin resultados concretos en las que el interlocutor puede defender una posición o su contraria del mismo modo que en un videojuego elegimos bando. No hay viaje de conocimiento ni experiencia que recorra el trayecto desde la causa hasta la consecuencia.

Contestar los porqués es lo que distingue el periodismo de un juego de niños. Todas las preguntas básicas que necesitan respuesta para elaborar una información -qué, quién, cuándo, dónde, cómo- están incompletas sin el porqué. Los porqués facilitan al receptor

entendimiento, contexto, claves, profundidad. Así ocurre también en los saberes sociológicos, filosóficos, políticos o históricos.

El porqué nos obliga a analizar todos los factores que inciden en nuestra actualidad, las cuestiones que nos atraviesan y que cualquier historiador del futuro subrayaría para definir nuestro presente. No es posible indagar en los porqués, ni contestarlos, sin la voluntad de honestidad, sin la palabra, sin el empeño en contrastar y entender, para poder explicar, para poder hablar. No hay comunidad humana que no necesite de una gran conversación, porque hay en el proceso de comunicación una aceptación del otro, de la otredad, ética y metafísicamente. Como señaló el filósofo Martin Buber, usar el lenguaje para dirigirse a los demás es un proceso de amor.

La narrativa, el relato, de qué se habla, cómo se cuenta lo que ocurre, condicionan el mundo. “Somos las palabras que usamos”, sostenía José Saramago, consciente de la importancia del vocabulario. “Las guerras siempre empiezan mucho antes de que se oiga el primer disparo, comienzan con un cambio del vocabulario en los medios”, dijo el reportero polaco Kapuściński. La realidad se moldea a base de definiciones.

El historiador y autor de *Sapiens*, Yuval Noah Harari, lo explica así: “El relato en el que creemos configura la sociedad que construimos”. Las palabras construyen, nos construyen y nos llevan a la acción. También pueden destruir. Y sufren manipulación y apropiación. En una de las estampas de la Inquisición de Francisco de Goya aparece un hombre torturado, y debajo esta leyenda: “Por mover la lengua de otro modo”. Todavía es difícil mover la lengua de otro modo en demasiados lugares, en demasiados espacios.

Cuando nos comunicamos con los demás es cuando construimos nuestro propio yo, que es resultado del proceso. No somos si no nos expresamos, si no hablamos, si no negociamos. Como defendió Walter Benjamin, comunicarse es un proceso de incubación de la experiencia mediante la que ciertos mensajes nos trasladan a su dimensión de realidad.

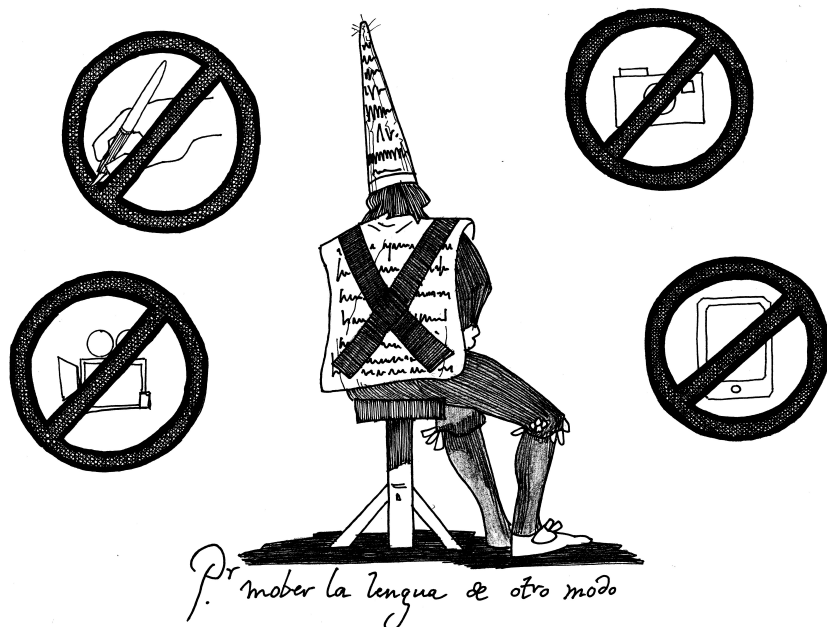
Es difícil imaginar algo si no es nombrado, entender una realidad si no es relatada, conocer un objeto si no tiene una palabra designada, explicar y explicarnos sin una representación previa. En este presente tendente a la distopía necesitamos palabras precisas que nombren escenarios de esperanza, relatos que conciban otros mundos

posibles, más humanos, más decentes, porque lo que antes no es imaginado difícilmente puede ser creado.

¿Qué margen de maniobra tiene una sociedad? Sin duda hay enormes limitaciones en la capacidad de acción y de gestión, pero siempre se pueden hacer cosas, empezando por el uso de la palabra. Siempre podemos mover la lengua de otro modo, para denunciar, para rebelarnos, para señalar los impedimentos.

Es posible ensanchar la mirada y visualizar futuros no distópicos para evitar profecías autocumplidas. Incluso en el más desesperanzador de nuestros presentes “siempre nos queda la facultad de negar nuestro consentimiento”, como escribió Primo Levi.

En 2024, seguimos disponiendo aún de la facultad de defender la decencia, de entonar un grito de auxilio, de señalar la injusticia, de nombrar la esperanza, de reivindicar la memoria, de no pervertir las palabras, de preservar la verdad, de cuestionar la guerra, de defender la paz. De proteger el fuego que Prometeo arrebató a los dioses para entregárselo a los humanos, arriesgándose al castigo de Zeus, negándose a satisfacer a los señores del Olimpo.



Por mover la lengua de otro modo, Javier Lacasta

Permítanme una última cosa. Fuera de la burbuja que normaliza la guerra y ridiculiza la paz existe un mundo de grandes dimensiones que tiene memoria, que recuerda la historia reciente, que comprende mucho mejor que todos nosotros aquí juntos cuáles son las dinámicas de los poderes del planeta. He conocido ancianas en aldeas perdidas, de países perdidos, que tienen más conocimiento de geopolítica y relaciones internacionales que cualquier europeo medio. ¿Saben por qué? Porque la geopolítica se escribe sobre su propio cuerpo. Sobre su propia piel.

En el Bagdad previo a la invasión estadounidense de 2003 los periodistas trabajábamos sin respiro durante el día. Por las noches, tras recabar información y enviar nuestras crónicas, nos reuníamos en alguna habitación del hotel Al Rashid para compartir impresiones, hacer conjeturas sobre el futuro inmediato e intercambiar ideas y planes ante posibles riesgos venideros.

En una de esas noches, mientras algunos corresponsales de varias nacionalidades bailaban para liberar tensiones y otros confesaban, ante mi asombro, sus ganas de que empezara la guerra y “la acción”,

pensé que la noticia más espectacular que podríamos ofrecer no sería la de un bombardeo, sino la del triunfo de la sensatez y de la negociación. Que en vez de ser reporteros de guerra en aquella ciudad iraquí de cielos casi infinitos pudiéramos contar que se evitaba el conflicto bélico y ejercer así como corresponsales de paz.

Compartí ese pensamiento con un colega periodista que quiso soñarlo conmigo.

Pocos días después las sirenas nos despertaron de madrugada y los primeros bombardeos sacudieron nuestro suelo. Durante semanas relatamos la guerra, los muertos, los heridos, el miedo, el dolor de la gente, el asesinato de dos compañeros reporteros, el derrumbamiento del país, el caos. Han pasado 21 años de aquello, pero sigo manteniendo con aquel periodista una hermosa amistad.

Y aún hoy, cuando nos vemos, brindamos por aquel anhelo de paz compartido en una noche de fiesta en un Bagdad previo al infierno.

Sigo queriendo abordar todos los conflictos con la voluntad de ser corresponsal de paz, y no de guerra. Para ello se necesita un esfuerzo colectivo.

Es preciso idear una sociedad que desde la más tierna infancia reciba una educación con cultura de derechos humanos y de paz, que enseñe a ver a los otros y otras como humanos, porque observando eso que llamamos otredad podemos saber mucho mejor quiénes somos, qué somos y dónde estamos. A eso nos ayudan las palabras, que es lo que tenemos. Nada más y nada menos.

Gracias, *salam, shalom, paix, peace, pace, mir, irín, paz.*

LA INJUSTICIA, RAÍZ DE LA VIOLENCIA. LA PAZ, FRUTO DE LA JUSTICIA.

FERNANDO BERMÚDEZ LÓPEZ

**Miembro de la Asociación de teólogos y teólogas
Juan XXIII, de los Comités Óscar Romero, Justicia y
Paz y Comunidades cristianas de base**

*“Convertirán sus espadas en arados y sus lanzas en podaderas.
No alzarán la espada nación contra nación,
ni se prepararán más para la guerra” (Is 2,4).*

*“Bienaventurados los que trabajan por la paz,
porque serán reconocidos como hijos de Dios” (Mt 5,9).*

Vivimos en un mundo en donde, aún en medio de múltiples manifestaciones de fraternidad, solidaridad y generosidad, aparecen expresiones de odio, de xenofobia y actitudes violentas, atentados terroristas, guerras y genocidios.

Hay violencia delincuencial y violencia estructural. Me voy a detener en esta última, aunque ciertamente, la violencia delincuencial emana de las estructuras injustas. La desigualdad y la injusticia engendran violencia. Es por eso que es necesario visualizar las tres grandes modalidades de violencia existentes en la sociedad:

a. Violencia estructural o institucionalizada.

Ésta es la violencia del sistema socioeconómico y político.

El capitalismo neoliberal de tendencia colonialista e imperialista es en sí mismo violento en cuanto que es un sistema que divide el mundo en dos grandes bloques: un Norte global unipolar enriquecido y un Sur global saqueado y empobrecido.

Asimismo, divide a los ciudadanos en dos clases sociales: por un lado los grandes adinerados, banqueros y las compañías transnacionales; y por otro lado están los trabajadores

oprimidos, los pobres, excluidos y marginados. Esta violencia es ejecutada por gobiernos autoritarios considerados de la derecha y ultraderecha política, que en casos extremos se manifiestan en dictaduras militares. Sus fuerzas de seguridad, ejército y policía, utilizan la represión para mantener el “orden” que protege a la clase dominante. Aprueban leyes que benefician a los empresarios y explotadores. Sus tribunales de justicia favorecen al poderoso y condenan al humilde. La violencia estructural, además de ser una negación de la vida, atenta contra la paz, porque no hay paz donde hay pobreza, hambre y muerte.

Utilizan, asimismo, la educación y los medios de comunicación para engañar a la población con un patriotismo y nacionalismo fundamentalista y fanático. Con frecuencia manipulan la religión como un medio para adormecer la conciencia del pueblo en función de sus intereses económicos, por eso descalifican a los religiosos (laicos y laicas, obispos y sacerdotes) que, siguiendo el evangelio de Jesús, optan por la liberación de los pobres, la justicia, la libertad y la fraternidad.

En síntesis, señala el papa Francisco: “La injusticia social genera una violencia que las fuerzas

armadas no resuelven, sino que solo sirven para reprimir a los que reclaman mayor seguridad social” (Evangelii gaudium, 60).

b. Violencia subversiva.

Es provocada como respuesta a la violencia institucionalizada del sistema dominante después de que se cerraran todas las puertas por la vía política para el logro de una sociedad justa y democrática. Es conocida como violencia subversiva o revolucionaria, propia de los oprimidos. Con frecuencia optan por acciones violentas, calificadas como terroristas, so pretexto de cambiar el sistema y buscar una transformación profunda de las estructuras socioeconómicas y políticas para combatir la desigualdad, el hambre, el analfabetismo y la marginación en que se encuentran las mayorías de la sociedad. Elabora un proyecto de estado social realizable capaz de generar una nueva sociedad que acabe con la situación de injusticia y violencia.

Hay otro tipo de violencia que no es tanto subversiva sino una respuesta inconsciente al sistema dominante, manifestada en actitudes de rebeldía y de agresividad, que no conducen a una transformación del sistema dominante injusto. Aquí puede retratarse los grupos pandilleros, sobre todo juveniles.

c. Violencia represiva.

Las autoridades y los privilegiados se alarman ante la presencia y acciones violentas de los subversivos, a quienes califican de “agitadores”, “comunistas”, “terroristas” y enemigos del orden. Utilizan los secuestros de líderes, torturas, asesinatos, masacres, guerra sucia... Casi toda América Latina tiene una triste experiencia de esta violencia bajo los regímenes militares apoyados por el gobierno de Estados Unidos. En Guatemala bombardearon aldeas enteras, masacrando a sus pobladores, hombres, mujeres y niños, dejando decenas de miles de muertos. Asimismo, hicieron en El Salvador. En estos dos países los militares, al servicio del sistema, asesinaron a líderes religiosos: a los obispos Óscar Romero y Juan Gerardi, a multitud de sacerdotes, entre estos a los jesuitas de la Universidad Centroamericana, a religiosas y a innumerables catequistas porque defendían a los pobres como hizo Jesús. Asesinaron a multitud de líderes sociales y defensores de los derechos humanos y a todos aquellos que exigían un cambio de estructuras sociales justas y humanas.

Análisis de la violencia

Los tres tipos de violencia los estamos viviendo día a día en

muchas partes del planeta. Las distintas manifestaciones de violencia tienen su origen en un sistema social injusto, prepotente, avasallador, inhumano y excluyente, que domina hoy el mundo. Y ante esa situación trágica de triple violencia, a mí como hombre y como cristiano, se me presenta una serie de interrogantes. La opción cristiana es la no violencia, la paz que nace de la justicia. La búsqueda de la vía del diálogo y la negociación diplomática como camino para la paz. Nunca la violencia porque genera una espiral de odio y muerte. Sin embargo, en conciencia, no nos es posible poner en el mismo nivel la violencia del oprimido con la violencia institucionalizada y la violencia represiva. Un caso concreto: cuando los campesinos palestinos defienden sus propiedades (viviendas, tierras, fuentes de agua...) frente a los colonos judíos, apoyados por su ejército, muchos los tildan de terroristas. ¿Acaso no tienen derecho a defender sus propiedades? ¿Por qué no se califica de terrorismo a los invasores, que no solo usurpan propiedades sino que matan a los que ofrecen resistencia? La violencia de Hamás y de otros grupos palestinos es consecuencia de la falta de justicia, de libertad e igualdad de Israel con respecto a la población Palestina.

La mayor estrategia para aislar y vencer cualquier tipo de violencia y terrorismo es la organización de los ciudadanos, campesinos, trabajadores, mujeres, jóvenes... a todos los niveles, con una honda formación ética y crítica. La educación en valores humanos es más trascendental que el resto de las asignaturas que se enseñan en los centros educativos, porque busca la formación de personas profundamente humanas. Asimismo, defender y respetar los derechos humanos, promover la justicia social, priorizar el bien común sobre los intereses privados, optar por la vía del diálogo para la resolución de conflictos, desarrollar un sistema educativo público de calidad, etc.

No podemos ignorar que entre las causas de la violencia aparece también el narcotráfico, que puede estar asociado a la delincuencia común, pero sobre todo a los poderes estatales, es decir a la violencia estructural institucionalizada, como aconteció en Colombia durante los gobiernos uribistas o en Honduras y Guatemala en los gobiernos corruptos de los últimos años.

Hoy día, en el mundo hay multitud de conflictos bélicos, siendo los más llamativos la guerra de Ucrania y el horroroso genocidio del ejército de Israel en Gaza, sin dejar de lado las guerras en Sudán, Etiopía, Myanmar, Burkina Faso, Mali, República

Democrática del Congo... Todas las guerras tienen sus causas. No hay capacidad de negociar para buscar soluciones. Se recurre a las armas como medio de solución de conflictos. Los antiguos romanos decían *"Si vis pacem para bellum"*, si quieres la paz prepara la guerra. Desde una visión ética, profundamente humanista y cristiana, no podemos aceptar este principio que es el que domina hoy en el mundo. Las naciones se arman, se crean alianzas militares como la OTAN. Existe una competencia en las grandes potencias en la producción y comercio de armamento hasta tal punto que se invierte en el mundo 200 veces más dinero en armas que en el desarrollo de los pueblos, en salud, educación, servicios sociales... Hemos entrado en una situación de alto riesgo para la humanidad.

Nosotros optamos por cambiar el principio *"Si vis pacem para bellum"* por este otro: *"Si vis pacem para verbum"*. Si quieres la paz prepara la palabra, el diálogo, no las armas. La guerra solo trae destrucción, muerte y odio. El diálogo y la negociación diplomática es la única vía para lograr la paz. En toda negociación las partes tienen que estar dispuestas a ceder, teniendo siempre como norte el logro de la Paz. El papa Francisco no deja de llamar a las grandes potencias a abandonar el armamentismo para asumir responsablemente el camino del diálogo. "El único medio capaz de

lograr una paz verdadera, estable y justa es el diálogo entre todas las partes involucradas", dijo.

La paz es fruto de la justicia

El papa Juan XXIII, en la encíclica *Pacem in terris*, señalaba que la paz tiene cuatro fundamentos: la verdad, la libertad, la justicia y el amor. El reino de Dios es un reino de paz. Jesús nos advierte: "Mi paz no es como la que da el mundo". Unos llaman paz al libre mercado, otros, al orden establecido, aunque esté constituido sobre la injusticia... Jesús nos promete la paz del reino de Dios, que es el reino de la justicia y del amor.

En la Biblia, la paz no sólo es la ausencia de guerra. Es el *Shalom*, la paz del reinado de Dios, expresión de una sociedad justa y solidaria, donde

abunda la vida para todos. El *Shalom* bíblico es el bienestar integral del pueblo: espiritual y social. Es fraternidad y comunión de todos los seres humanos entre sí, con la creación entera y con Dios. Es tener cubiertas las necesidades vitales de vivienda, trabajo, salud, educación... "La paz es el fruto de la justicia" (*opus juxitiae pax*), proclamaba el profeta Isaías (32,17). Y esta paz es un don de Dios, pero es, al mismo tiempo, una tarea humana, un desafío de todos los ciudadanos.

La paz emana de estructuras socioeconómicas y políticas justas. Estas políticas las hacen los individuos. Por lo tanto, es esencial la formación en valores humanos de la ciudadanía y de sus dirigentes, como son la honestidad, la transparencia, la coherencia, el respeto a la



De las lanzas podaderas, de los tanques tendedores, Javier Lacasta

diversidad, el diálogo como vía de resolución de conflictos, la solidaridad, la opción por los más vulnerables y el cuidado del medio ambiente. Un corazón pacífico y respetuoso de la vida lleva consigo el compromiso de erradicar las causas que generan la violencia. La fraternidad universal es el sueño de todos los hombres y mujeres amantes de la paz, como señala el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti*.

Consecuentemente, toda persona amante de la paz opta por la no violencia activa, que es un estilo de vida proclamado, experimentado y practicado por los antiguos sabios, religiosos y filósofos, como Buda, Lao Tsé, Sócrates, Jesús de Nazaret, Basilio de Cesarea, Hipatia, León Magno, Francisco de Asís, Clara de Asís, Rumí, Ibn Arabí... La no violencia activa busca actuar en la realidad histórica para transformarla con métodos y medios pacíficos. Se implica en ella, luchando por unas mejores condiciones de vida para todos y todas. Es firme opositora a todo tipo de armas, a la industria y comercio armamentista, a las armas nucleares y a las alianzas militares. El armamentismo y la guerra son un fracaso de la humanidad.

No podemos aceptar la sociedad tal como está: una sociedad hegemónica unipolar armada hasta los dientes, que invierte más dinero en armamento que en el desarrollo de los pueblos y que ha entrado en

una salvaje explotación y depredación de la Naturaleza. Urge, asimismo, una profunda refundación de la organización de Naciones Unidas, con autoridad moral y jurídica para que se cumplan sus Resoluciones, la cual está exigiendo la desaparición del Consejo de Seguridad tal como está configurado con derecho a veto.

Estamos llamados a ser rebeldes, utópicos y comprometidos en el cambio de esta realidad. La sociedad, tanto en el Norte como en el Sur global necesita profetas de la paz y la no violencia, agentes de una revolución de la conciencia y agentes de un mundo nuevo alternativo al que hoy vivimos. Multitud de hombres y mujeres han sido referentes de la paz que nace de la justicia. Sólo quiero mencionar a algunas personas de los últimos tiempos: Bahá'u'lláh, Mahatma Gandhi, Juan XXIII, Luther King, Ignacio Ellacuría, John Lennon, Teresa de Calcuta, Hermano Roger de Taizé, Hélder Cámara, Nelson Mandela, Óscar Romero, Juan Gerardi, Raquel Saravia, Pedro Casaldáliga, Malala Yousafzai, Berta Cáceres... y multitud de organizaciones promotoras y defensoras de los derechos humanos, socioeconómicos, culturales y ambientales, que son semillas de esperanza.

REFLEXIÓN TEOLÓGICA-BÍBLICA.

CAMINOS PARA LA PAZ: SHALOM Y JUSTICIA

LEONARDO BOFF*

Teólogo, filósofo y escritor brasileño

Albert Weber (1868-1958), hermano menor de Max Weber, en su libro *Das Tragische und die Geschichte* (Piper, München 1959) constató que en los 3.400 años de historia que se pueden documentar, 3.166 fueron de guerras. Los restantes 234 años no fueron probablemente de paz, sino de tregua y preparación para otra guerra.

Famosa es la correspondencia entre Einstein y Freud. En una carta de 30 de julio de 1932 preguntaba Einstein a Freud: “¿Existe un modo de liberar a los seres humanos de la fatalidad de la guerra? Existe la posibilidad de influir en la evolución psíquica para que los seres humanos sean más capaces de resistirse a la psicosis del odio y la destrucción? (Nathan & Norden, *Einstein on Peace*, 1984).

Einstein le contestó con enorme realismo: “No existe la esperanza de poder suprimir de modo directo la agresividad de los seres humanos.

Pero se pueden recorrer vías indirectas, por ejemplo, reforzando el *Eros*, principio de vida, en detrimento de *Thánatos*, principio de muerte. Todo cuanto hace que surjan lazos emotivos entre los seres humanos va en contra la guerra. Todo cuanto civiliza al ser humano, trabaja contra la guerra” (*Obras III*). Pero al final, Freud hace una observación resignada: “Hambrientos y famélicos, pensamos en el molino que muele tan lentamente que puede que muramos de hambre antes de conseguir la harina”. Freud sustentaba la tesis de que *Eros* y *Thánatos* son principios perennes y no sabemos quién de ellos va a triunfar.

A pesar de este realismo, seguimos buscando y jamás dejaremos de buscar la paz, si no como un *estado duradero*, sí, al menos como un *espíritu* que nos hace preferir el diálogo al enfrentamiento, la búsqueda cordial de puntos de acuerdo a la confrontación conflictiva.

*1938, teólogo, filósofo y escritor brasileño, autor de *La oración de San Francisco, un mensaje de paz para el mundo actual*, Dabar, México 2000; *Ecología: grito de la Tierra - grito de los pobres*, Trotta 2010; *Habitar la Tierra*, Dabar 2023, entre otros escritos.

Esta observación de Freud nos conduce a una reflexión filosófica sobre quiénes somos como humanos: somos la convivencia de contradicciones. Somos *sapiens* y *demens* simultáneamente. No por un defecto de creación, sino porque es así la *condition humaine*. Somos portadores de inteligencia, de sabiduría, de energías interiores orientadas hacia el amor, como lo demostró en 1953 James Watson, que ha descodificado el código genético humano: “el amor está inscrito en el DNA del ser humano” (Cf. DNA, *O segredo da vida*, 2005).

Pero, al mismo tiempo, somos portadores de demencia y pulsiones de muerte, como desgraciadamente lo estamos constatando en el genocidio de miles de niños y niñas por parte del gobierno de extrema derecha de Netanyahu en Gaza con el apoyo vergonzoso de Estados Unidos y de la Unión Europea, que traiciona todo su legado de derechos humanos y de espíritu democrático. Somos un enigma metafísico, la contradicción viva de ángel y demonio conviviendo en la misma persona y en las sociedades.

Todo se agrava por la prevalencia del paradigma de la modernidad, desde sus padres fundadores, Descartes, Francis Bacon y otros, que proponían como eje estructurador de la nueva era la voluntad de poder y el poder

como dominación de personas, de pueblos, de la naturaleza, de la materia hasta el Bosón de Higgs, o de la vida hasta el último gen. Este paradigma que nos trajo tantas ventajas, ha creado también el principio de autodestrucción con armas letales que pueden exterminar toda la vida humana y dañar profundamente la biosfera.

¿Cómo construir la paz en este marco tan contradictorio bajo el que estamos viviendo y sufriendo? La paz sólo es posible en la medida en que las personas individualmente y las colectividades se predispongan a conceder más espacio a cultivar consciente y organizadamente la dimensión de convivencia, respeto, tolerancia, cooperación y amor. La cultura de la paz depende del predominio de estas positivities y de cómo sepamos todos mantener a raya la otra dimensión, siempre presente, de rivalidad, egoísmo y exclusión de los demás.

La paz tiene su fundamento en la otra dimensión también presente en el ser humano que no está fatalmente condenado al poder/dominación. Junto al paradigma del *poder/dominación*, es decir, del ser humano señor y dueño, sintiéndose fuera de la naturaleza, bien representado por Alejandro Magno y Hernán Cortés, arquetipos de los conquistadores, existe también el paradigma de la

hermandad universal de Francisco de Asís, Francisco de Roma, Gandhi, Luther King Jr. y tantos otros, que desarrollaron un espíritu de hermandad universal y cultivaron el cuidado como forma de relación con todos los seres.

Los pueblos originarios en varias partes del mundo, particularmente en América Latina las centenas de etnias en la parte amazónica, siguen mostrando que es posible vivir relaciones pacíficas y tratarse humanamente y crear un lazo respetuoso y de pertenencia a la naturaleza. Se sienten parte de la naturaleza y responsables para mantenerla siempre preservada. Ahí se vive realmente la paz porque el eje no es el poder y la voluntad de dominación, sino la aceptación de todos, la convivencia y la más amplia libertad.

Hoy se confrontan dos paradigmas. Uno es el de la modernidad que considera el ser humano fuera y por encima de la naturaleza. Es el paradigma del *dominus, maître et possesseur de la nature*, señor, maestro y dueño de la naturaleza, en palabras de Descartes. Este paradigma está actualmente en una crisis profunda en todas las dimensiones de la realidad: personal, social, económica y ecológica. Hemos devastado prácticamente todos los ecosistemas al punto de que necesitamos más de una Tierra y media para atender las

demandas de la humanidad, especialmente, de los consumistas que se encuentran en el Norte Global, en los países opulentos.

El otro, tan bien formulado por el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti*, es el paradigma del *frater*, del hermano y de la hermana y del amor social (n.6). No solamente entre nosotros, sino con todos los seres de la naturaleza. Todos formamos la gran comunidad de vida. Todos los vivientes, desde la célula más originaria que emergió hace 3,8 mil millones de años, pasando por los grandes bosques, los dinosaurios, los caballos, los colibríes y terminando en nosotros, todos tenemos los mismos 20 aminoácidos y las mismas cuatro bases fosfatadas. Dicho de una forma más pedestre, todos somos contruidos por 20 tipos de ladrillos y cuatro diferentes cementos. Las multiformes combinaciones de estos elementos originan la biodiversidad.

Es decir, un hilo de hermandad nos une a todos. Somos, según un dato científico, hermanos y hermanas, cosa que san Francisco intuyó en su mística cósmica, llamando a todos los seres con el dulce nombre de hermano y hermana: la hermana paloma y el hermano lobo, hasta la hermana muerte.

Pero este ideal se torna vacío si no tiene lugar, como primer presupuesto, la justicia personal, social y ecológica.

El ininterrumpido mensaje de las Escrituras, especialmente, de los profetas es: la paz es fruto de la justicia. Lo básico de la idea de la justicia es la siguiente afirmación, verdadera declaración de amor a la humanidad y a la Madre Tierra: a cada uno según sus necesidades (físicas, psicológicas, culturales y espirituales) y de cada uno según sus capacidades (físicas, intelectuales y morales). Con la Madre Tierra la justicia ecológica significa respetarla y cuidarla verdaderamente como Gran Madre, observar el pacto natural, obedecer sus ritmos naturales, darle tiempo para regenerar sus nutrientes.

En este sentido, la justicia presupone el sentimiento de pertenencia de unos y otros, la igualdad de todos en vista del bien común entre los humanos y la naturaleza. La encíclica del papa Juan XXIII *Pacem in Terris* enseñaba: “El bien común es el conjunto de las condiciones de vida social que permitan y favorezcan el desarrollo integral de la persona humana” (1963, n. 58). Nosotros, ya en otro tiempo, ecológico, añadiríamos “que permitan y favorezcan la integridad de la Tierra, sus derechos y su biocapacidad”.

Ninguna sociedad puede construirse sobre una injusticia estructural e histórica. Esta paz, para que sea permanente, exige reparaciones históricas y unas políticas que compensen los daños que la dominación

ha causado sobre millones de víctimas, como los 14 millones de africanos llevados a las Américas para ser esclavizados y puestos como “piezas” en el mercado. No hay que olvidar el verdadero holocausto de 45 millones de indígenas ocurridos durante el proceso de colonización de las Américas (según los datos más recientes: Grondin, M. e M. Viezzer, *Abya Yala: genocídio, resistência e sobrevivência dos povos originários das Americas*, Editora Bambual, Rio de Janeiro 2021)

Los países coloniales y esclavistas de antaño no han adquirido conciencia de esta deshumanización. Ni siquiera han manifestado su voluntad de pedir disculpas por crímenes que durante siglos han cometido contra la humanidad, como se vio en un encuentro internacional de jefes de estado, hace años, en Sudáfrica. Nadie de los países coloniales ha aceptado la idea de reparaciones, ni siquiera de disculpas.

Aquí cabe referir la propuesta de Immanuel Kant (1724-1804) en su última obra de 1795 *Zum ewigen Frieden* (Para una paz perpetua). Al proponer, como Einstein y Freud, la cuestión de cómo superar “la infame beligerancia” entre los pueblos, plantea como uno de los primeros, la *Weltrepublik*, una república mundial. Ésta estaría fundada sobre dos valores básicos: la hospitalidad y los derechos

humanos. Para él, la hospitalidad es un derecho y un deber de todos. La Tierra pertenece comunitariamente a todos. Todos tienen el derecho de ir por todas las partes y ser recibidos como ciudadanos o el deber de recibirlos.

El otro valor es el respeto a los derechos humanos que son para Kant “la niña de los ojos de Dios” o “lo más sagrado que Dios ha puesto en la Tierra”. Esta hospitalidad universal y la observancia sagrada de los derechos hacen nacer una comunidad de paz y de seguridad que pone definitivamente fin “a la infame beligerancia”.

Ésta es una visión ético-política de gran envergadura, pero imposible de ser realizada en el contexto del capitalismo furioso que está dominando toda la Tierra, con sus mantras de competencia sin ninguna colaboración en vista de un crecimiento ilusoriamente infinito a partir de un planeta finito de bienes y servicios naturales.

¿Cómo sería la paz de Dios testimoniada en las Sagradas Escrituras? Sin entrar en detalles exegéticos, diría que el tema de la paz es el anhelo permanente de casi todos los textos. El *Shalom* es de difícil traducción, tal vez la mejor es “Paz y Bien” de San Francisco de Asís. Significa el bienestar de la vida, el estado del ser humano que vive en armonía consigo mismo, con la naturaleza y con Dios. La paz, especialmente en los profetas, se

deriva de una vida en justicia que implica tener una tierra fecunda, comer hasta la saciedad, habitar en seguridad, dormir sin temor, triunfar sobre los enemigos, multiplicarse y todo esto porque Dios está con nosotros (Lv 26,1-13; cf. J. Comblin, *Theologie de la paix*, Paris 1960).

En el Nuevo Testamento, especialmente Lucas y Juan han desarrollado el tema de la paz. Lucas en su evangelio diseña el retrato del rey pacífico desde el nacimiento cuando los ángeles anuncian la paz a los que Dios ama (Lc 2,14). Los discípulos van por el mundo anunciando la paz traída por Jesucristo por su poder sobre el pecado y la muerte y por su resurrección.

Juan refiere la tristeza de los discípulos que ya no tendrán al Maestro entre ellos y Jesús les dijo: “Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz” (Jn 14,37). Esta paz ya no está ligada a su presencia corporal; por la resurrección ha triunfado sobre el mundo y por el Espíritu que estará siempre con ellos (Ju 20,19-23; *Theologischer Grundbegriffe* I, München 1962). Ésta es la paz de Dios y de Cristo, un bien escatológico, ya presente pero sólo en plenitud en el Reino definitivo.

Al final preguntamos: ¿Es posible la paz en las actuales condiciones dramáticas de la humanidad, caracterizada por una ola de odio, por 56 lugares de guerra con innumerables víctimas? Yo diría que la paz en sí no

existe. Con realismo la Carta de la Tierra nos ofrece una de las más concretas y bellas comprensiones de la paz: "La paz *resulta* de las relaciones consigo mismo, con otras personas, otras culturas, otras formas de vida, con la Tierra y con el Todo del que somos parte" (IV,16).

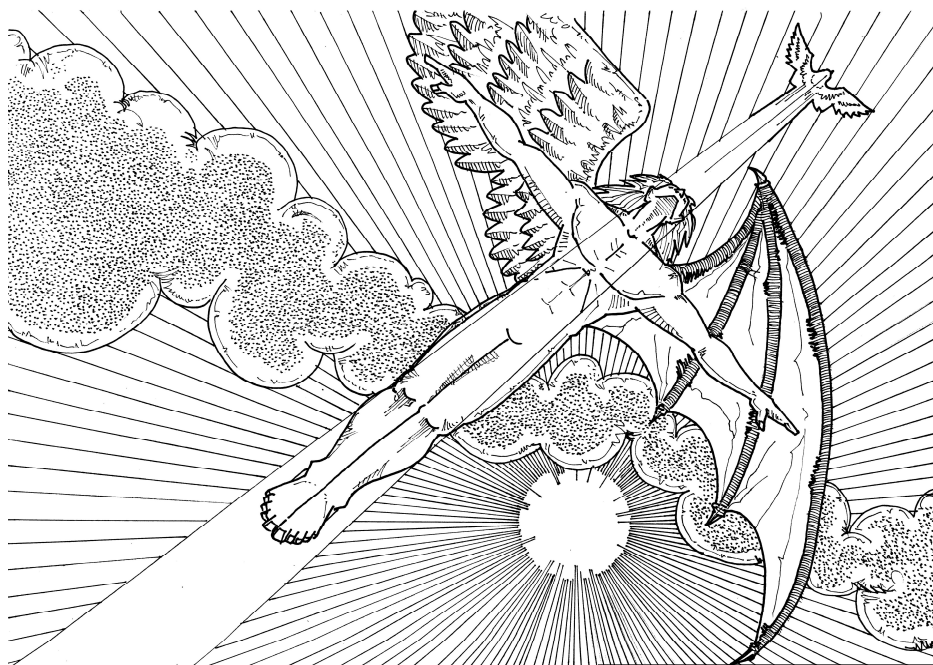
Como se trasluce, la paz no existe en sí, solamente como *consecuencia* de relaciones adecuadas y correctas. Hoy prácticamente todas las relaciones están rotas. Por eso no hay paz en el mundo, con la existencia de las amenazas de un holocausto nuclear y un calentamiento global que puede hacer gran parte del planeta inhabitable, entre otras amenazas dañinas,

incluso letales. Mas no por eso dejamos de buscar la paz posible en nuestra sombría realidad.

Dos condiciones son indispensables:

La primera es que acojamos con máxima seriedad nuestra condición humana, la polaridad *sapiens/demens*, pulsión de vida y pulsión de muerte, de luz y de sombra, de lo sim-bólico (lo que une) y lo dia-bólico (lo que separa). Todo esto constituye nuestra realidad histórico-social. Somos la unidad viva de esos contrarios.

La segunda es la diligencia de reforzar lo más posible el polo luminoso, lo sapiente y lo simbólico de tal manera que se pueda mantener, bajo control,



Sapiens y Demens , Javier Lacasta

limitar e integrar, sin negar ni reprimir, el polo tenebroso y hacer surgir de ahí la tan ansiada y posible paz. Sin realizar estos presupuestos, la paz no es viable ni sustentable.

Estas dos condiciones están presentes en alguien que, a mi juicio, apunta un camino para la paz posible. Es la conocida *Oración por la Paz* atribuida a San Francisco de Asís (+1228), que se reza cada vez que se celebra un encuentro de líderes religiosos de todo el mundo. El contenido es tan evidente y convincente que todos pueden decir su “amén”. El lenguaje es religioso, pero su sentido es universal.

San Francisco tiene conciencia de que la realidad es contradictoria. En ella abundan el odio, la discordia, la desesperación y las tinieblas. Con su sabiduría propia de los sencillos, intuye que el mal no está ahí para ser comprendido, sino para ser superado por el bien. La parte sana podrá curar la parte enferma. La luz tiene más derecho que las tinieblas, a pesar de que estas siempre la acompañan.

Me permito citar esta oración del Sol de Asís, como llama Dante a Francisco de Asís en su *Divina comedia* (*Paraíso, Canto XI, 28-66*):

“Señor, haz de mi un instrumento de tu paz.

Que donde haya odio, lleve yo el amor.

Donde hay ofensa, lleve yo el perdón.

Donde haya discordia, lleve yo la unión.

Donde haya duda, lleve yo la fe.

Donde haya error, lleve yo la verdad.

Donde haya desesperación, lleve yo la esperanza.

Donde haya tristeza, lleve yo la alegría.

Donde haya tinieblas lleve yo la Luz.

Maestro,

Haz que yo busque más consolar que ser consolado.

Más comprender que ser comprendido.

Más amar que ser amado.

Porque es dando como se recibe.

Es perdonando como se es perdonado.

Y es muriendo como se vive para la vida eterna”.

Como puede apreciarse, el camino de la paz se abre en el momento en que reforzamos la dimensión luminosa del amor, del perdón, de la unión, de la verdad, de la alegría y de la luz. Éstas son las positivities. Las negatividades no son negadas ni reprimidas. Pero están bajo la vigencia de las positivities. En efecto, la paz emerge de esta estrategia sapiencial, de aceptar lo negativo y someterlo a lo positivo. Entonces la paz se hace viable para nosotros, seres humanos contradictorios.

Este es el camino vivido por San Francisco de Asís que puede ser asumido por cada uno haciendo de la paz no sólo una meta deseada, sino el camino más corto y seguro para llegar a ella. Sólo medios pacíficos pueden producir la paz posible.

Pero en esta oración hay algo muy

singular, propio del camino de Jesús, seguido por San Francisco. Es el “*más*”: “*más* consolar, *más* comprender, *más* amar. Todas las tradiciones espirituales y éticas dicen: ama el otro como quieres que te amen a ti; haz a los otros lo que quieres que te hagan a ti. Aquí, en la oración por la paz, aparece un “*plus*” típicamente de la experiencia cristiana, captada por el Santo de Asís. No busca la correspondencia, amar y ser amado, sino que la sobrepasa: consuela *más*, comprende *más*, ama *más*.

Aquí nos encontramos con la paz más profunda, quizá, la anticipación de la paz de Dios, la paz de los redimidos ya viviendo en el seno del Dios-Comunidad de divinas Personas, fuente de todo tipo de paz. Este “*más*” es el secreto de toda paz viable. Pienso que solamente alcanzamos esta paz con la paz de Dios y de Cristo, como don y como gracia. Ésta es la contribución cristiana a la paz.

Hay otro elemento en la vida de San Francisco que nos abre un posible camino para la paz. Es el *cuidado*: cuidado de todas las criaturas, cuidado de los pobres y de los más despreciados que eran los leprosos. Con razón la encíclica *Laudato Si: sobre el cuidado de la Casa Común*, del Papa Francisco, dice: “Francisco es el ejemplo por excelencia del *cuidado* por lo que es frágil...; para él, cada criatura era una hermana unida a él por lazos de cariño. Sentíase llamado a *cuidar* de

todo lo que existe” (n.10 y 11). Ese cuidado produce paz con la naturaleza y la Tierra.

Es notorio que el cuidado pertenece a la esencia del ser humano, como ya lo afirmaba la fábula 220 de Higinio, el esclavo egipcio y director de la biblioteca imperial de Cesar Augusto. Desde entonces el cuidado fue retomado como una categoría definidora del ser humano hasta que Martin Heidegger, en su clásica obra *Ser y Tiempo* (1927) analiza detalladamente el cuidado como la esencia del ser humano; cuidado que precede a la irrupción del espíritu y del cuerpo (& 41-42). Si hay cuidado no hay temor, ni amenaza de extinción de la vida y de la especie humana. Ya lo decía Donald Winnicott (*La naturaleza humana*, 2001), el gran psicoanalista inglés: “el cuidado produce tranquilidad y paz a la persona y seguridad a toda la sociedad”.

Concluyo: “Dichosos los pacíficos - decía Jesús- porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9). Dichosos los que promueven una paz posible y viable, alimentan sentimientos de cordialidad, desarmen los espíritus exaltados, cultivan el cuidado de unos para otros y suscitan más amor de lo que son amados, porque serán los primeros ciudadanos del nuevo Cielo y de la nueva Tierra, Gran Madre de todos.

Paz y Bien. Muchas gracias.

Esperamos que os haya resultado interesante y útil este documento, igual que a nosotros. Por eso hemos pensado que no podíamos guardarlo en el archivo. En los Documentos del Ocote Encendido esperamos que podáis encontrar los análisis y reflexiones más interesantes de o sobre América Latina, y también de otras partes del mundo que pasan por nuestras manos, en formato de cuadernillo de unas 30-40 páginas, con una periodicidad de 4 números al año.

Si te parece que estos Documentos merecen la pena, puedes colaborar con nosotros:

- Con una **aportación económica**, haciendo un ingreso en nuestra cuenta en Unicaja Banco: Comité Oscar Romero de Aragón - ES7621032925290033005273, indicando tu nombre y el concepto "Ocote Encendido".
- Multiplicando los textos publicados entre tus amigos, compañeros, conocidos... **tejiendo con nosotros una red de información y concientización**.

Si te interesa recibir los "Documentos del Ocote Encendido" o colaborar con nuestras actividades, rellena y envíanos este boletín de suscripción al Comité Cristiano de Solidaridad Óscar Romero de Aragón (c/Menéndez Pidal 9, 13 drcha. 50.009 - Zaragoza).

Datos del colaborador

Nombre y apellidos:

Dirección: C/.....

C.P: Población:.....

Teléfono: E-mail:.....

Orden de pago a la entidad bancaria

IBAN:

Ruego carguen a mi cuenta los recibos que, por un importe de _____ euros/año, presentará el Comité Óscar Romero de Aragón.

Firma: _____

**También puedes encontrar
el Documento del Ocote en:**